

el segundo. Cansado ya de suplicios, queria, segun dijo, asentar el gobierno sobre la moral y la virtud, que son los dos fundamentos del alma. Para que la moral y la virtud no fuesen palabras sin sentido y no significasen el vacío, era necesario descubrir al pueblo la idea grande de Dios, que es la única que puede dar sentido á la virtud. La ley no es nada si es sólo la expresion de la voluntad humana; es necesario, para hacerla santa, que sea la expresion de la voluntad divina. La obediencia á la ley no es más que el *servilismo*; lo que constituye el *deber* es el sentimiento que hace remontar esta obediencia á Dios. Así, de tiranía que es á los ojos del ateo, la sociedad se convierte en religion á los ojos del deista. Este título, haciendo santa á la ley, la hace tambien más fuerte, porque por juez y por vengador tiene á Dios.

La idea de Dios, este tesoro comun á todas las religiones de la tierra, habia sido destruida y abatida en la ruina de las creencias; habia sido mutilada y reducida á polvo en el espíritu del pueblo por las proscripciones y por las parodias del culto católico que Hebert y Chaumette habian provocado contra los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas. El pueblo, que confunde fácilmente el símbolo con la idea, habia creído que Dios era una preocupacion antirevolucionaria. La república parecia haber quitado la inmortalidad del alma de su territorio y de su cielo. El ateísmo, predicado abiertamente, era para los unos la venganza de su largo vasallaje á un culto repudiado por ellos, y para los otros una teoría favorable para todos los crímenes. El pueblo, al sacudir aquella cadena divina de la fe en Dios que retenia su conciencia, estaba en la persuasion de que sacudia al mismo tiempo todos los lazos del deber. El terror sobre la tierra debia reemplazar la justicia en el cielo. Ahora que querian separar el cadalso é inaugurar instituciones, era necesario infundir al pueblo una conciencia. Una conciencia sin Dios es un tribunal sin juez. La luz de la conciencia no es otra cosa que la reverberacion de la idea de Dios en el alma del género humano. Extinguid la idea de Dios, y dejais sin luz al hombre; puede tomarse al azar la virtud por el crimen y el crimen por la virtud.

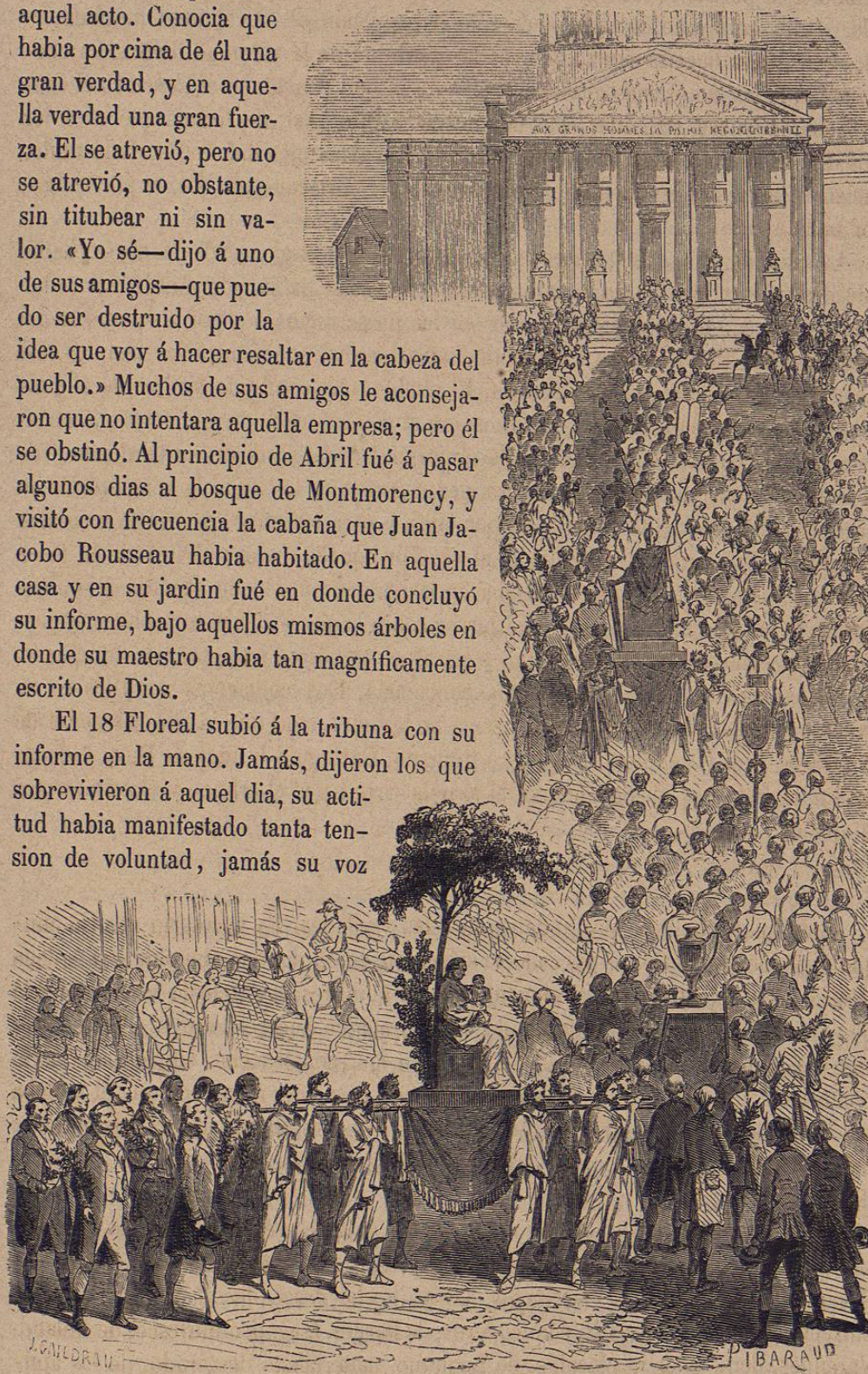
X

Robespierre conocia profundamente estas verdades. Es necesario decirlo aunque repugne el creerlo, no las conocia solamente como político que pide una cadena al cielo para sujetar con más seguridad á los hombres; las conocia como sectario que se inclina el primero ante la idea que pretende hacer adorar al pueblo. Hay algo de Mahoma en estas ideas. La hora de la reconstruccion empezaba; queria reconstruir ante todo el alma de la nacion. Con la misma mano con que él le daba todo el poder, era necesario darle toda la luz. Una república que no debia tener otra soberanía que la moral, debia sostenerse enteramente sobre un principio divino.

En el estado de desorganizacion intelectual y de descrédito de las ideas religiosas á que los filósofos materialistas del siglo XVIII, los girondinos que fueron sus discípulos, y los ateos sus verdugos, habian hecho descender al espíritu público; enfrente de Collot-d'Herbois, cómico feroz, de Barere, escéptico burlesco, de Billaud-Varennes, demoledor implacable, de Lequinio, materialista descarado, de los amigos de Hebert, de los comensales de Danton, y de aquella turba de hombres indi-

ferentes á todos los cultos que pertenecian á los comités y á la Convencion, era necesario todo el prestigio de Robespierre para arrostrar la risa ó la ira que semejante tentativa corria riesgo de hallar en la opinion. Tampoco queria detener el Terror sino despues de aquel acto. Conocia que habia por cima de él una gran verdad, y en aquella verdad una gran fuerza. El se atrevió, pero no se atrevió, no obstante, sin titubear ni sin valor. «Yo sé—dijo á uno de sus amigos—que puedo ser destruido por la idea que voy á hacer resaltar en la cabeza del pueblo.» Muchos de sus amigos le aconsejaron que no intentara aquella empresa; pero él se obstinó. Al principio de Abril fué á pasar algunos dias al bosque de Montmorency, y visitó con frecuencia la cabaña que Juan Jacobo Rousseau habia habitado. En aquella casa y en su jardin fué en donde concluyó su informe, bajo aquellos mismos árboles en donde su maestro habia tan magníficamente escrito de Dios.

El 18 Floreal subió á la tribuna con su informe en la mano. Jamás, dijeron los que sobrevivieron á aquel dia, su actitud habia manifestado tanta tension de voluntad, jamás su voz



Los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau trasladados al Panteon.—Pág. 405.

había salido de su alma con un acento de autoridad moral más solemne. Parecía que hablaba, no como un tribuno que subleva ó acaricia á un pueblo, ni aún como el legislador que promulga leyes perecederas, sino como el mensajero que anuncia á los hombres una verdad. El legislador que restaura en el corazón humano una idea oscurecida ó mutilada por los siglos parecía en aquel momento á Robespierre igual al filósofo que la concibe. La Convención, muda y recogida, unos por temor y otros por respeto, tenía el aspecto de la gravedad de la idea que iba á conocer.

«Ciudadanos,—dijo Robespierre, despues de un exordio adecuado á las circunstancias,—toda doctrina que consuela y que eleva las almas debe ser acogida; rechazad todas las que tiendan á degradarlas y á corromperlas. Reasumid, exaltad todos los sentimientos generosos y todas las grandes ideas morales que se ha querido extinguir. ¿Quién te ha dado la misión de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe, oh tú que te apasionas por aquella árida doctrina y que no te apasionas por la patria? ¿Qué ventaja encuentras tú en persuadir al hombre que una fuerza ciega preside sus destinos y hiere por casualidad al crimen y la virtud, que su alma no es más que un soplo ligero que se desvanece á la orilla del sepulcro? ¿La idea de la nada le inspirará sentimientos más puros y más elevados que la de su inmortalidad? ¿Le inspirará más respeto para sus semejantes y para sí mismo, más sacrificios por la patria, más audacia para resistir á la tiranía y más desprecio por la muerte? Vosotros que llorais la falta de un amigo verdadero, ¿pensais que la parte más pura de sí mismo no se ha librado de la muerte? Vosotros que suspirais al lado de la tumba de un hijo ó de una esposa, ¿os consolareis porque os digan que no queda de ellos más que un vil polvo? Desgraciados que espirais á los golpes de un asesino, ¿vuestrós últimos suspiros no son una súplica á la justicia eterna? La inocencia sobre el cadalso hace palidecer al tirano sobre su carro de triunfo. ¿Tendría este ascendiente si el sepulcro igualase al opresor y al oprimido? Cuanto más el hombre está dotado de sensibilidad y de genio, más se apega á las ideas que engrandecen su sér y que elevan su corazón, y la doctrina de los hombres de este temple se convierte en la del universo. La idea del Sér Supremo y de la inmortalidad del alma es una llamada continua á la justicia. ¡Esta idea es, pues, republicana! (*Aplausos*). No sé que ningun legislador se haya empeñado en nacionalizar el ateísmo; sé que los más sabios, aún entre sí, han permitido mezclar con la verdad algunas ficciones, sea para herir la imaginación de los pueblos ignorantes, sea para unirlos más fuertemente á sus instituciones. Licurgo y Solón recurrieron á la autoridad de los oráculos, y Sócrates mismo, para acreditar la verdad entre sus conciudadanos, se creyó obligado á persuadirles de que se la inspiraba un genio familiar.

»Vosotros no concluireis de esto, sin duda, que será necesario engañar á los hombres para instruirlos, pero solamente que sois dichosos en vivir en un siglo y en un país cuyas luces no nos dejan otro deber que cumplir que llamar á los hombres á la naturaleza y á la verdad. Vosotros os guardareis bien de romper el nudo sagrado que les une al autor de su sér. ¿Y qué es lo que los conjurados han puesto en lugar de lo que han destruido? Nada, si no es el caos, el vacío y la violencia. Desprecian demasiado al pueblo para tomarse la pena de persuadirle; en lugar de ilustrarle, no quieren sino irritarle y depravarlo. Si los principios que he desenvuelto hasta aquí son errores, al ménos me engaño con todo lo que el mundo

reverencia. Tomemos lecciones de la historia. Reparad, os ruego, cómo los hombres que han influido sobre los destinos de los Estados se determinaron por el uno ó por el otro sistema opuesto por su carácter personal ó por la naturaleza misma de sus miras políticas. Ved con qué profundo arte César, arengando en el senado romano en favor de los cómplices de Catilina, se extravía en una digresión contra el dogma de la inmortalidad del alma. ¡Tanto le parecían estas ideas propias á extinguir en el corazón de los jueces la energía de la virtud, y tanto la causa del crimen le parecía ligada á la del ateísmo! Por el contrario, Cicerón invocaba contra los traidores la cuchilla de la ley y el rayo de los dioses. Sócrates, al morir, hablaba á sus amigos de la inmortalidad del alma. Leonidas, en las Termópilas, cuando con sus compañeros de armas se halla en el momento de ejecutar la empresa más heroica que la virtud humana haya concebido jamás, les invita para que al otro día asistan á un banquete en una nueva vida. Hay mucha distancia de Sócrates á Chaumette, y de Leonidas al Padre Duchesne. (*Aplausos*). Un hombre grande, un verdadero héroe, se estima demasiado á sí mismo para complacerse en la idea de la nada. Un malvado, despreciable á sus propios ojos y horrible á los de los demás, conoce que el mejor presente que le puede hacer la naturaleza es la nada. (*Aplausos*). Una secta propagó con mucho celo la opinión del materialismo, que prevaleció entre los grandes y bellos espíritus: se les debe en gran parte esta especie de filosofía práctica, que erigiendo al egoísmo en sistema, mira la sociedad humana como una guerra de ardides, el éxito como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un negocio de gusto y de comodidad, y el mundo como el patrimonio de diestros pícaros.

»Entre los que en el tiempo de que hablo se señalaron en la carrera de las letras y de la filosofía, un hombre, Rousseau, por la elevación de su alma y por lo grande de su carácter, se mostró digno del ministerio de preceptor del género humano. Hablaba con entusiasmo de la Divinidad; su elocuencia varonil y proba pintaba con rasgos de fuego los encantos de la virtud, defendiendo los dogmas consoladores que la razón da por apoyo al corazón humano. La pureza de su doctrina, sacada de la naturaleza y en el profundo aborrecimiento del vicio, tanto como de su invencible desprecio por los sofistas intrigantes que usurpaban el nombre de filósofos, le atrajo el odio y la persecución de sus rivales y de sus falsos amigos. ¡Ah! Si hubiese sido testigo de esta revolución, de que fué precursor y que le ha llevado al Panteón, ¿quién podrá dudar que su generosa alma hubiese abrazado con transporte la causa de la justicia y de la igualdad? Pero ¿qué han hecho por ella sus cobardes adversarios? Han combatido la revolución desde el instante que han sabido que iba á elevarse el pueblo por cima de ellos. El traidor Guadet denunció á un ciudadano por haber pronunciado el nombre de la Providencia. Hemos oído algun tiempo despues á Hebert acusar á otro por haber escrito contra el ateísmo. ¿No han sido Vergniaud y Gensonné los que en vuestra misma presencia y en vuestra tribuna peroraron con calor para desterrar del preámbulo de la Constitución el nombre del Sér Supremo que vosotros pusisteis? Danton, que sonreía de piedad á las palabras virtud, gloria y posteridad; Danton, cuyo sistema era envilecer todo lo que podía elevar el alma; Danton, que era frío y mudo en los mayores peligros de la libertad, hablaba despues con mucha vehemencia en favor de la misma opinión.

» ¡Fanáticos, no esperéis nada de nosotros! Llamar á los hombres al culto puro del Sér Supremo es dar un golpe mortal al fanatismo. Todas las ficciones desaparecen ante la razon. Sin contradiccion, sin persecucion, todas las sectas deben confundirse por sí mismas en la religion universal de la naturaleza. (*Aplausos*). ¡Sacerdotes ambiciosos, no esperéis que trabajemos en restablecer vuestro imperio! Semejante empresa sería muy superior á nuestro poder. (*Aplausos*). Os habeis asesinado á vosotros mismos, y no se vuelve más á la vida moral, como tampoco á la existencia física. Y por otra parte, ¿qué hay de comun entre los sacerdotes y Dios? ¡Cuán diferente es el Dios de la naturaleza del Dios de los sacerdotes! (*Repetidos aplausos*). No conozco cosa más semejante al ateismo que las religiones que han creado: á fuerza de desfigurar al Sér Supremo, le han rebajado tanto como ellos han querido; tan pronto han hecho de él un globo de fuego, tan pronto un buey, tan pronto un árbol, tan pronto un hombre, y tan pronto un rey. Los sacerdotes han creado un Dios á su imágen; ellos le han hecho celoso, caprichoso, ávido, cruel, implacable; ellos le han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio trataban á los descendientes de Clovis, para reinar en su nombre y ponerse en su lugar; ellos le han relegado al cielo como en un palacio, y no le han llamado á la tierra sino para pedir en su provecho las riquezas, los honores, los placeres y el poder. (*Vivos aplausos*). El verdadero sacerdote del Sér Supremo es la naturaleza, su templo el universo, su culto la virtud, sus fiestas la alegría de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces nudos de la fraternidad universal, y presentarle el homenaje de los corazones sensibles y puros.

» Dejemos los sacerdotes y volvamos á la Divinidad. (*Aplausos*). Establezcamos la moral en bases eternas y sagradas; inspiremos al hombre un sentimiento profundo de sus deberes, que es la sola garantía de la felicidad social. ¡Desgraciado el que busque extinguir este sublime entusiasmo y ahogar por desconsoladoras doctrinas el contento moral del pueblo, que es el principio de las grandes acciones! A vosotros toca, representantes del pueblo, á vosotros pertenece hacer triunfar las verdades que acabamos de desenvolver. Despreciad los clamores insensatos de la presuntuosa ignorancia ó de la perversidad hipócrita. ¿Cuál es, pues, la depravacion de que estamos rodeados, si no hemos tenido valor para proclamarlas? ¿La posteridad podrá creer que, vencidas las facciones, han llevado su audacia hasta acusarnos de moderantismo y de aristocracia por haber invocado la idea de la Divinidad y de la moral? ¿Creerá que se han atrevido á decir en este recinto que habíamos hecho retroceder la razon humana á muchos siglos? No nos admiremos, pues, si todos los malvados ligados contra vosotros parece que nos preparan la cicuta, pero ántes de beberla salvarémos á la patria. (*Aplausos*). La nave que lleva la fortuna de la república no está destinada á naufragar; boga bajo vuestros auspicios, y las tempestades se verán forzadas á respetarla. (*Nuevos aplausos*). Los enemigos de la república son todos los hombres corrompidos. (*Aplausos*). El patriota no es otra cosa que un hombre probo y magnánimo en toda la fuerza de la expresion. (*Aplausos*). Es poco destruir á los reyes; es menester hacer respetar á todos los pueblos el carácter del pueblo frances. Será inútil que llevemos á los confines del universo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones destrozán impunemente el seno de la patria. Desconfiemos de la embriaguez misma

de los sucesos. Seamos terribles en los reveses, modestos en los triunfos (*aplau-
sos*), y afirmemos en medio de nosotros la paz y la dicha por la sabiduría y la moral. Ved el verdadero objeto de nuestros trabajos, ved la tarea más heroica y más difícil. Creemos concurrir á este objeto proponiéndoos el decreto siguiente:

«ARTÍCULO 1.º El pueblo frances reconoce la existencia del Sér Supremo y la inmortalidad del alma.

»ART. 2.º Reconoce al mismo tiempo que el culto más digno del Sér Supremos es la práctica de los deberes del hombre.»

XI

Unánimes aplausos acogieron este regreso de la revolucion á la idea de Dios. Se decretaron fiestas para llamar al hombre á la idea de la inmortalidad y á sus consecuencias. La primera y la más solemne se debia celebrar diez dias despues de aquella profesion de fe.

Algunas diputaciones de la sociedad de los Jacobinos felicitaron á la Representacion por haber hecho remontar la justicia y la libertad á su origen. Cambon, cristiano íntegro y convencido, pidió que los templos fuesen vengados de las profanaciones del ateismo; Couthon, en un discurso entusiasta, desafió á los filósofos materialistas á que negasen al Soberano árbitro del universo ante la majestad de sus obras, y á la Providencia ante la regeneracion del pueblo envilecido. El espectáculo de aquel hombre enfermo y moribundo, sostenido en la tribuna en brazos de dos de sus colegas, y confesando, en medio de la sangre vertida, su Juez en el cielo y la inmortalidad de su alma, atestiguaba en Couthon la fe fanática que le ocultaba á sí mismo la atrocidad de los medios por la santidad del objeto.

Cualquiera que fuese el contraste entre el renombre sanguinario de Robespierre y su papel de restaurador de la idea divina, salió de aquella sesion más grande que cuando entró. Habia arrancado con una mano valiente el sello de la conciencia pública, y aquella conciencia le respondia en la nacion y aún en toda Europa por un secreto aplauso. Se habia fortificado y habia, por decirlo así, intentado consagrarse á sí mismo, haciendo alianza con la más alta idea de la humanidad. El que confesaba á Dios á la faz del pueblo, no tardaria mucho, decian, en desaprobár el crimen y la muerte. Todos los corazones, fatigados de odio y de combates, deseaban interiormente en Robespierre el poder. Este deseo general, en un gobierno de opinion, es ya el poder en efecto. Habia tomado la dictadura moral aquel dia sobre el altar de la idea que habia proclamado. La fuerza y la grandeza del dogma que acababa de restituir á la república parecia rodear su nombre. Al dia siguiente se trasladaron al Panteon los restos mortales de Juan Jacobo Rousseau, para que el maestro participase del triunfo del discípulo. Robespierre inspiró aquella apoteosis, dando, por aquel homenaje á la filosofía religiosa y casi cristiana de Juan Jacobo Rousseau, su verdadero sentido á la revolucion.